

CENTRO DE ESTUDIOS
DE HISTORIA DE LAS
CIENCIAS NATURALES
DOCTOR ENRIQUE BELTRÁN

*Datos y documentos para la historia
de las ciencias naturales en México.
Correspondencia de Alfredo Dugés
con Alfonso L. Herrera*

Enrique Beltrán Gutiérrez

El doctor Enrique Beltrán, fallecido en 1994, fue el primer biólogo profesional mexicano, pionero de la conservación de los recursos naturales y apasionado historiador de la ciencia. Cursó sus estudios en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional, habiendo obtenido el título de profesor académico de Ciencias Naturales en 1926. Uno de sus maestros, a quien profesó una honda devoción, fue Alfonso L. Herrera (1870-1942), quien tuvo una destacada actuación en el campo de las ciencias naturales.

Hijo de un eminente hombre de ciencia, Herrera trabajó en importantes instituciones de enseñanza y de investigación de la época, como el Museo de Historia Natural, el Instituto Médico, la Preparatoria y la Normal y en diversas comisiones científicas como la de Parasitología Agrícola, en la Secretaría de Agricultura y Fomento, que tanta importancia tuvo en el progreso de la agricultura mexicana; también formó y dirigió la Dirección de Estudios Biológicos en la misma Secretaría, que fue el centro de investigación científica más importante de la época. Formó parte activa de organizaciones esenciales para el conocimiento de la naturaleza, como la Sociedad Mexicana de Historia Natural. Profesionalmente incurrió

en los campos de la zoología y la botánica y desarrolló la teoría de la plasmogenia, en la cual, convencido de lo absurdo de las proposiciones teológicas que ven la vida como un fenómeno misterioso, producto de la actividad divina, aplicó los procedimientos científicos de la fisicoquímica reproduciendo la forma y algunas actividades vitales para arrancarle a la naturaleza su secreto supremo, el de la formación de la materia viviente.

A mediados de los años cuarenta, la familia de don Alfonso L. Herrera, sabedora de la relación emotiva que había existido entre ambos, puso a disposición de Enrique Beltrán algunas piezas de su archivo, destacando entre ellas un volumen con 122 comunicaciones (cartas y tarjetas postales) escritas a Herrera, desde Guanajuato, a fines del siglo pasado, por don Alfredo Dugés, destacado naturalista francés radicado en nuestro país.

Dugés nació en la ciudad francesa de Montpellier en 1826, donde inició la carrera de medicina, que concluyó en la Universidad de París en 1852. En 1853 contrajo matrimonio y viajó a la República mexicana, donde revalidó su título parisino y terminó por trasladarse a la ciudad de

Guanajuato, donde residió hasta su muerte en 1910, a los 84 años de edad.

Poco después de su llegada a esa ciudad se relacionó con el Colegio del Estado (hoy Universidad de Guanajuato), donde enseñó zoología y otras materias afines. También fue titular de la cátedra de Histología Normal en la Escuela de Medicina. Durante su vida produjo una bibliografía de más de 140 títulos de importantes artículos, incluyendo dos textos de zoología. También formó una extensa colección de especímenes, principalmente de anfibios y reptiles. Dugés murió en 1910, después de una fecunda y larga vida, en la que puso al servicio de México la importante preparación que recibió en Francia.

Este volumen, que contiene la correspondencia de Dugés a Herrera, se encuentra en el Centro para el Estudio de la Historia de las Ciencias Naturales "Doctor Enrique Beltrán", miembro de la Asociación Mexicana de Archivos y Bibliotecas Privados, A. C.

La primera de las comunicaciones está fechada el 14 de julio de 1888 y la última el 19 de agosto de 1893, por lo que, como se ve, el epistolario cubre un periodo exacto de cinco años. Desgraciadamente Beltrán no pudo encontrar la correspondencia posterior entre ambos que, a juzgar por las piezas referidas, debe de haber sido copiosa, pues Dugés vivió 17 años más, manteniéndose activo y científicamente productivo hasta su muerte. Por su parte, Herrera habría ido creciendo en edad, sabiduría y experiencia, lo que nos hace suponer que la correspondencia aumentara cada día en interés.

En 1888, cuando comienza el epistolario, Herrera apenas tenía 18 años, mientras que Dugés contaba ya con 62, 25 de ellos en nuestro país.

Del tono de las cartas podemos deducir que para Herrera, en quien ya batían las alas del genio, según decía Beltrán en 1945, Dugés no era sólo el maestro de quien obtener consejos profesionales, sino el confidente sabio en quien depositar sus anhelos y esperanzas. Por su parte, para Dugés, un tanto aislado en Guanajuato, la correspondencia con el joven y dinámico naturalista mexicano significaba estar al corriente de las no-

vedades científicas y tener con quien comentar los mil y un problemas científicos, y aun personales, que bullían en su mente.

Dugés logra prosperar en sus trabajos a costa de los mayores sacrificios, pues carece de todo respaldo económico. En octubre de 1889, le envía una misiva a Herrera en la que le dice:

Eres muy feliz, y te lo envidio, de poder dedicarte enteramente a la zoología; yo necesito primeramente ganar mi pan, y poco tiempo me queda para ocuparme de una ciencia que adoro (Documento 1).

En otra carta que le envía el 31 de junio de 1892 le reitera su difícil situación económica diciéndole:

Tu papel de cartas es muy bonito, pero lo prefiero un poco más delgado, porque tu última me costó 20 ctvs. a pesar de llevar un sello de 10 ctvs. más vale menos lujo, ¿verdad? (Documento 2).

Una carta del 10 de agosto de 1892 es interesante, ya que en ella le sugiere a Herrera que escriba a Estados Unidos para informarse sobre métodos "de destrucción de parásitos nocivos a la agricultura". Esto indica que, ya desde esas fechas, don Alfonso se interesaba por los problemas de entomología aplicada y ya tenía la idea de fundar la Comisión de Parasitología Agrícola, que estableció al principiarse el siglo XX, y que tanta importancia tuvo en el progreso de la agricultura mexicana (Documento 3).

Dugés, siempre modesto, el 13 de noviembre de 1892 le escribe a Herrera:

Yo no valgo nada como paleontólogo ni como naturalista comparado con Leidy, pero en ciencia cada uno es libre de pensar con su propio cerebro (Documento 4).

Además de ser un notable naturalista, Dugés tenía grandes dotes artísticas que utilizaba para ilustrar algunas de sus cartas (Documento 5).

Al citar y reproducir facsimilarmente las comunicaciones mencionadas tratamos de mostrar

algunos de los documentos que existen en la colección de Enrique Beltrán que fue la que dio origen al Centro para el Estudio de la Historia de las Ciencias Naturales que lleva su nombre, y

que indudablemente son valiosos materiales para el conocimiento de la evolución de la biología contemporánea y, en general, de las ciencias naturales en nuestro país.

Guanajuato Octubre 31/89.
Señor Alfonso L. Herrera
México.

Mi buen amigo,

Comienzo por tanto las gracias por el paquete que me llegó ayer: hoy recibí tu carta fecha 25, y 30 del Correo de México, con el talon incluido! — no entiendo!

Las Calamandras me gustaron mucho: son ejemplares de *Speleptes morio*, Cope. En cuanto a los micróscopos, pertenecen al género *Frontaria* (*Polydesmus*): tal vez sean *Fr. Kendallii*, *Hemab.* & *Saundersi*: estos articulados son difícilísimos.

Gracias mil por el trabajo que te tomaste en buscar el *Cronidium*: mande un ejemplar a París para ver si es nuevo.

Yo creo que la Biología te será muy útil, aunque las láminas, sobre todo las de mamíferos, son poco fértiles pero según mi pobre apreciación hay que dudar mucho de las clasificaciones genéricas: yo no puedo admitir, v. gr., que el *Hominiquero terrestris* y de gran cola peluda pueda colocarse en el mismo género que el mexicano *Herboricola*, de cola desnuda y prensil: me parece que el género de vida de un animal, que tiene tanto que ver con su organización general, debe servir de guía mejor que una semejanza entre los huesos

¡Hola querido!
Siempre, Alfredo
Dugés

